

# Muerte en el estío

*La mort... nous affecte plus profondément sous le règne  
pompeux de l'été.*

Baudelaire, *Les Paradis Artificiels*

Una playa, cercana al extremo sur de la península de Izu, aún permanece inviolada para los bañistas. El fondo del mar es allí pedregoso y accidentado, el oleaje un poco fuerte, pero el agua es límpida y el declive suave. Reúne condiciones excelentes para los nadadores.

Por estar completamente fuera de camino, A. Beach no tiene las estridencias ni la suciedad de los lugares frecuentados en las cercanías de Tokio. Está situada a dos horas de ómnibus de Itō.

La única hostería es, prácticamente, la de Eirakusō, que también ofrece casitas en alquiler. Sólo cuenta con uno o dos kioscos de refrescos de los que, generalmente, afean las playas en verano. La arena es blanca y abundante y, a medio camino hacia la playa, una roca, coronada de pinos, se inclina sobre el mar como si resultara de la obra de un paisajista. Al subir la marea queda semisumergida por las aguas.

La vista es hermosísima. Cuando el viento del oeste trae la niebla del mar, las islas lejanas se vuelven visibles. Oshima al alcance de la mano y Toshima más alejada y, entre ellas, una pequeña isla triangular llamada Utoneshima. Detrás del

promontorio de Nanago yace Cabo Sakai, parte de la misma masa montañosa, que echa profundamente sus raíces en el mar. Más allá se divisan el cabo conocido como el Palacio del Dragón de Yatsu y el cabo Tsumeki, en cuyo extremo sur se enciende un faro por las noches.

Tomoko Ikuta dormía la siesta en su habitación del Eirakusö. Era madre de tres hijos, aun cuando resultaba imposible imaginarlo al contemplar su cuerpo sumido en el sueño. Las rodillas asomaban bajo el corto vestido de lino de color rosa salmón. Los brazos llenos, la expresión confiada y los labios ligeramente curvados transmitían una frescura de niña. La transpiración mojaba su frente y los costados de su nariz. Las moscas zumbaban pesadamente y la atmósfera era semejante a la que reina bajo un techo de metal caldeado. El lino de color rosa salmón se agitaba apenas como si fuera parte de aquella tarde pesada y sin viento.

La mayoría de los huéspedes habían bajado a la playa. La habitación de Tomoko estaba situada en el segundo piso. Debajo de su ventana se balanceaba una blanca hamaca para niños. Se habían distribuido mesas y sillas sobre el césped y no faltaba tampoco una estaca para jugar al tejo. Parte del juego yacía en desorden. No había nadie a la vista y el zumbido ocasional de una abeja era ahogado por las olas que rompían más allá del cerco donde los pinos se erguían para perderse, luego, en la arena. Un curso de agua pasaba debajo de la hostería, y formaba un estanque antes de hundirse en el océano.

Todas las tardes, catorce o quince patos nadaban y se alimentaban allí, mostrando bien a las claras que eran parte integrante del lugar.

Tomoko tenía dos hijos, Kiyoo y Katsuo, de seis y tres años de edad, y una hija, Keiko, de cinco. Los tres estaban en la playa con Yasue, la cuñada de Tomoko.

Tomoko no sintió escrúpulos al pedir a Yasue que se ocupara de los niños mientras ella se otorgaba un corto descanso.

Yasue era solterona. Necesitaba ayuda después del nacimiento de Kiyoo. Tomoko lo había consultado con su ma-

rido y había invitado a Yasue, que vivía en la provincia. No había ninguna razón en particular para que Yasue no se hubiera casado. No era particularmente atractiva, pero tampoco fea. Había rehusado pretendiente tras pretendiente hasta pasar la edad del matrimonio. Atraída por la idea de convivir con su hermano en Tokio había aceptado la invitación de Tomoko. Su familia abrigaba el plan de casarla con una celebridad provinciana.

Yasue estaba lejos de poseer una mente brillante, pero era bondadosa y se dirigía a Tomoko, más joven que ella, como a una hermana menor hacia la cual sentía la mayor deferencia. El acento de Kanazawa había casi desaparecido. Además de ayudar con los niños y en las labores de la casa, Yasue asistía a una escuela de corte y confección en la que cosía vestidos para ella, Tomoko y los chicos. Sacaba su cuaderno de apuntes frente a los escaparates y copiaba los modelos exhibidos en ellos bajo la mirada reprobadora y también las reprimendas de alguna vendedora.

En aquel momento llevaba una elegante malla verde que no era obra suya, sino una compra efectuada en las grandes tiendas de la ciudad. Estaba orgullosa de su tez pálida, típica de las comarcas del norte, y apenas mostraba las huellas del sol. Los niños habían construido un castillo de arena a orillas del mar y Yasue se divertía haciendo caer la arena húmeda sobre su pierna blanquísima. La arena se secaba de inmediato y brillaba entremezclada con pequeños fragmentos de caracoles. Yasue se limpió bruscamente, atemorizada ante la idea de mancharse. Un insecto semitransparente saltó de la arena y se alejó rápidamente.

Yasue estiró las piernas y se apoyó en las manos. Observó el mar. Grandes masas de nubes se elevaban inmensas en su tranquila majestad. Parecían absorber todo sonido, incluso el clamor del mar.

Era el apogeo del verano y los rayos del sol se habían vuelto agresivos.

Los chicos se cansaron del castillo de arena y se alejaron corriendo y salpicando. Arrancada abruptamente del pe-

queño mundo privado y confortable en el que se había refugiado, Yasue corrió tras ellos.

Pero no cometieron ninguna imprudencia. El fragor de las olas les infundía temor. Había un suave declive más allá del rompiente. Kiyoo y Keiko, tomados de la mano, permanecieron sumergidos en el agua hasta la cintura con los ojos brillantes de alegría. Nadaron contra la corriente, sintiendo la arena suave en la planta de los pies.

–Es como si alguien empujara –dijo Kiyoo a su hermana.

Yasue se aproximó y los instó a no internarse más en el agua. Señaló a Katsuo. No debían dejarlo solo, debían volver y jugar con él. Pero los niños no prestaron atención. Se miraban y sonreían alegremente, tomados de la mano. Tenían un secreto compartido: la sensación de la arena escurriéndose bajo sus pies.

Yasue temía el sol. Miró sus hombros y sus pechos y pensó en la nieve de Kanazawa. Se pellizcó un pecho y sonrió al sentir el calor. Sus uñas estaban demasiado largas y había arena oscura debajo de ellas. Se las cortaría al regresar a su habitación.

No divisó a Kiyoo y Keiko. Debían de haber regresado a la playa. Pero Katsuo estaba solo y su rostro estaba curiosamente tenso. Señalaba algo frente a ella.

El corazón de Yasue latió violentamente. Miró el agua que se retiraba nuevamente bajo sus pies y la espuma en la que, algo más lejos, un cuerpo pequeño y tostado rodaba una y otra vez. Abarcó de un vistazo el pantalón de baño azul oscuro de Kiyoo.

Su corazón latió aún más violentamente. Intentó acercarse a aquel cuerpo como si luchara por desasirse de algo. Llegó una ola más rápida que las anteriores, relumbró ante sus ojos con un sordo fragor. Yasue cayó en el agua. Acababa de sufrir un ataque cardíaco.

Katsuo comenzó a llorar y un joven corrió hacia él. Pronto se le incorporaron otros jóvenes. El agua lamía sus cuerpos desnudos y oscuros.

Dos o tres personas habían presenciado la caída sin darle

demasiada importancia. La mujer se levantaría por sus propios medios. Pero en esas circunstancias existe siempre una premonición que, mientras se acercaban corriendo, parecía indicarles que había algo malo en aquella caída.

Yasue fue llevada hasta la arena ardiente. Sus ojos estaban abiertos y parecían contemplar alguna horrenda visión que hacía castañetear sus dientes. Uno de los hombres le tomó el pulso. Era casi inexistente.

–Se aloja en el Eirakusö –alguien la había reconocido.

Era necesario avisar al gerente de la hostería. Un muchacho del pueblo, decidido a no dejarse arrebatar tan digna tarea, se lanzó a la carrera hacia la casa.

Llegó el gerente. Era un hombre de cuarenta años. Llevaba pantalones cortos y una camiseta gastada. Una faja de lana cubría su estómago. Discutió acerca de la conveniencia de dispensar los primeros auxilios a Yasue en la hostería. Alguien se opuso. Sin esperar ulteriores decisiones, dos muchachos cargaron a Yasue. Una forma humana se dibujaba en la arena húmeda sobre la que había descansado su cuerpo.

Katsuo los siguió, llorando. Alguien lo advirtió y lo tomó en brazos.

Tomoko fue despertada por el gerente que, bien entrenado para su trabajo, lo hizo con toda deferencia. Tomoko alzó la cabeza y preguntó si había sucedido algo malo.

–La señora llamada Yasue...

–¿Qué le ha sucedido?

–Le hemos practicado los primeros auxilios. El médico no ha de tardar.

Tomoko saltó de la cama y siguió al gerente. Habían acostado a Yasue sobre el césped cerca de la hamaca y un hombre semidesnudo se arrodillaba, indeciso, a su lado. Le estaba practicando la respiración artificial. Habían dispuesto a su lado un haz de paja y ramas de naranjo y dos hombres trataban por todos los medios de encender el fuego. Las llamas producían humo, pues la noche anterior una tormenta había humedecido la madera. Un tercer hombre abanicaba el humo para alejarlo del rostro de Yasue.